

Ya comienza el paseillo. Ya aparecen por la puerta grande las figuras de la tarde con sus cuadrillas. Cinco espadas, señores y señoras, que van a matar cinco soberbios becerros cinco, de una "famosa y acreditada" ganadería salmantina. Asistimos a una "Gran Becerrada Popular" en la ciudad de Sigüenza, en Guadalajara, a la becerrada que cierra el largo programa de las fiestas seguntinas. No les voy a leer el prolijo cartel. Vienen en él todos los participantes, con sus nombres, apellidos y apodos, desde los matadores hasta el botijero y desde los banderilleros de cada cuadrilla hasta el mozo de estoques, que es una joven, "La bella judía", de extraordinaria belleza como su nombre indica. Daré solamente algunos de los moles para mejor introducir al lector en el espíritu de la fiesta. Un matador se llama "Ojos Tristes"; otro, "El Neverita". Entre los banderilleros de las distintas cuadrillas figuran: "El Guasón", "El Templo", "El Niño de la Huerta", "El Letrado", "El Aceitunita". No hay trajes de luces ni existe criterio unánime en la forma de vestir. Unos van de calle, con el añadido de alguna faja o adorno de color. Otros, con blusón rojo, atuendo clásico de los mozos en las capeas de los pueblos. Otros aún con la camisa de colores y el pantalón acolchonado de las "peñas" de las fiestas seguntinas. Solamente una cuadrilla viste el traje campero, la de "El Señorito", de la que forman parte "El Zumbao" y "El Divino". Esta cuadrilla fue quizá la que más juego dio durante la lidia. Su titular, Carlos Relano, es un popular personaje de Sigüenza, que aparte de usar el apodo de "El Señorito" para sus actuaciones taurinas, es conocido por "El Viti", por cierta semejanza que dicen que su toro, que mayormente es toro "de salón", tiene con el de Santiago Martín, el diestro de Vitigudino. Para los "ecos de sociedad" de lo que ahora ha comenzado a llamarse "la progresia" madrileña, diré que un ilustrado "progre" de la capital, el escritor y librero José Esteban, actuaba en esta singular becerrada como jefe de areneros de la plaza, figurando en el cartel con el apodo de "El Faustini" con que se le conoce en su nativa Sigüenza.

"El Faustini" y un servidor de ustedes habíamos estado la noche antes de la becerrada recorriendo las empinadas calles de la bella ciudad alcarreña, a fin de hacer la ritual visita de las "peñas". Estuvimos en las de "Los Cacos", "El Tropezón", "Los Fugaos", "Los Atilanos" y alguna otra que no recuerdo. Las peñas están abiertas toda la noche para cobijar y dar de beber a los seguntinos en fiestas una vez que han cerrado los últimos bares y salas de fiestas. Sigüenza es entonces como una pequeña Pamplona, donde grupos de muchachos y alguna chica ensordecen con sus cantos y griterío la, en los días laborables, silenciosa, agria, solemne, episcopal y dicen que levítica ciudad.

Cabeza hinchada yo tengo
por sus amores, morena

cantaba un improvisado coro a la entrada de la peña "Los Fugaos". Las peñas están situadas en caserones de la ciudad vieja, y sus paredes se adornan con dibujos e inscripciones pintorreadas en vivos colores y con harpilleras de saco que sirven de subdivisiones de las espaciosas salas. El paseo o "via crucis" por las "peñas" sirve al paseante para contemplar toda la belleza de la ciudad de Sigüenza. La espléndida catedral gótica, el castillo en reconstrucción, la

silla de pista

TOROS EN SIGÜENZA

preciosa casa que perteneció a Martín Vázquez de Arce, el joven muerto en la guerra con los moros de Granada, más recordado con el nombre de "El Doncel", cuya estatua es uno de los más maravillosos ejemplos de la escultura funeraria española. Esta escultura se encuentra en una capilla de la catedral. En su sacristía, el visitante puede admirar el techo diseñado por Alonso de Covarrubias, en el que hay trescientas cabezas diferentes esculpidas en los bloques de piedra de la bóveda. Las estrechas callejas de la ciudad alta tienen un sabor y encanto extraordinarios.

Pero no fue este paseo lo único que hicimos esa noche. Después de la cena habíamos asistido al recital de Manolo Escobar en la plaza de toros portátil instalada a la salida de la ciudad por la carretera que va a Madrid. Los programas calificaban de "El espectáculo más grandioso de la Historia" esta actuación del gran Manolo. Su reciente tropiezo en Asturias, en una de cuyas ciudades acudieron apenas setenta personas a ver el espectáculo más grandioso de la Historia, no disminuyó en absoluto el resonante éxito de su actuación en Sigüenza. Nota entrañable: cuando Manolo cantaba aquello de "¿Dónde estará mi carro?", unos jóvenes seguntinos se presentaron en la plaza con un carro que habían traído de lejos para agasajar al cantante. La cosa no tuvo mucho éxito. El público se quedó frío con lo del carro, y Manolo Escobar dijo, racial: "Macho, apárcalo ahí fuera, para cuando salga". También actuó Perlita de Huelva, que cantó su celebrado "agasajo" al obrero emigrante y su no menos celebrado "homenaje" al amigo conductor ("Precaución, amigo conductor", etcétera). En el descanso, uno de los miembros de la Comisión de Fiestas subió al tablado para hacer una española rifa de un cuadro, obra de un pintor local. Don Ceferino, o más familiarmente don Cefe, que es como se llamaba el señor en cuestión, ordenó a las "damas de honor" de las fiestas que salieran a vender los boletos de la rifa mientras él, micrófono en mano, ponderaba las excelencias del cuadro rifado, diciendo que se trataba de "un magnífico cuadro pintado por el no menos magnífico pintor" don Fulano de Tal.

La alameda es, en estos días del verano, el lugar de obligada cita y paseo a las horas de descanso. Es realmente un lugar delicioso la alameda de Sigüenza, con su antiguo quiosco de música y sus terrazas con veladores. Al visitante interesado le mostrarán el lugar de la alameda donde el conde de Romanones, siendo jefe del Gobierno, celebraba en el verano sus Consejos de Ministros en los bancos del paseo, protegido de los curiosos por una pareja de guardias mu-

nicipales. En la alameda nos reunimos con otros amigos que luego habían de acompañarnos en nuestro paseo por las "peñas". Todo el mundo tenía su apodo, bien fuera el atribuido de antiguo a la familia, bien inventado por los amigos para no perder la costumbre. Un chico se llamaba "El Alegrias"; otro, "El Gastos Pagados"; el de más allá, "El Morci". Había una chica que tenía dos mote: "La Zingara" y "La Pinturera". Otras chicas, hermanas entre sí, se llamaban "Las Beas".

Sigüenza es una ciudad de cinco mil habitantes que en el verano sobrepasa los diez mil. Es de antiguo una ciudad de verano, y, de hecho, aparte de la agricultura del valle del Henares, en que está situada, y de la ganadería, no tiene más actividad que la que se deriva del verano. Son muchos los seguntinos que claman por alguna apoyatura industrial de esta situación de monocultivo veraniego. Pero, como consecuencia de su importancia turística, tiene excelentes bares, restaurantes y lugares de esparcimiento. Dos restaurantes, que yo sepa, están en situación de aparecer en una posible guía gastronómica de las que prepara la Cofradía de la Buena Mesa: El Motor y El Moderno, este último más conocido por El Pecas. Entre los clubs nocturnos y lugares de diversión citaré El Boris, El Capitol y, sobre todo, El Molino, un club de juventud situado en un viejo edificio que sirvió de molino, a la salida de la ciudad.

La noche pasó pronto, escuchando a Escobar, paseando por la alameda y visitando luego las "peñas". La despedimos en la churrería de la señora Rosa, comiendo las porras que allí se fabrican en los días de las fiestas desde aquellas tempranas horas para consuelo de los trasnochados estómagos. Luego fuimos al encierro, que vimos desde los asientos superiores de la plaza. La gracia del encierro de Sigüenza, que hace un recorrido muy corto desde el camión donde están los toros hasta la plaza, es que se tenga la suerte de volver a enviar los toros para atrás, a fin de prolongarlo. Esto es lo que los mozos procuran. El día que yo lo presencié no ocurrió nada de esto, y, como encierro, fue modesto. Ahora bien, las escenas que se produjeron en la plaza llena de mozos una vez hubieron entrado los toros nos devolvían algo de las desgarradas escenas de las capeas de pueblo. Los toros no eran muy grandes ni tenían mayor peligro, pero los trompicones que se producían en la plaza me recordaban el clima de los artículos de Eugenio Noel cuando contaba escenas como aquellas en que, contemplando un padre a su hijo muerto por un toro, comentaba: "Ya sabía yo que moriría de una burrada". Por la tarde, la becerrada, en la que hubo de todo: algún buen lance de capa de "El Nachirri", un excelente par de "El Zumbao", alguna chicuelina de "Ojos Tristes" o de "Neverita", alguna buena estocada de "Ballesta", algún buen natural de "El Señorito", pero en la que abundaron, sobre todo, los trompicones, las caídas, el embarullamiento, la estocada en el aire o en la barrera —a uno de los diestros se le partió el estoque en dos—, con gran regocijo del respetable. Se repartieron orejas con gran generosidad, y al final, la música de la plaza interpretó y el público coreó a voces el pasodoble de moda, que la noche antes habíamos oído cantar a Manolo Escobar, en olor de multitud: "¡Que viva España!". ■ LUIS CARANDELL.